

Extracto del documento de Milagros Montoya Ramos y Juan Cantonero Falero "En femenino y en masculino: la diferencia sexual en el aula"
(Duoda 29, págs. 109-127)

(...)

JUAN: La vida en el trabajo

Soy maestro por deseo de mi madre, igual que mi hermana, porque para mi madre ser maestro o maestra era un "mundo" de posibilidades que ella no había tenido. Además, la Escuela de Magisterio de Badajoz estaba, quizá no por casualidad, enfrente de la casa que habíamos comprado tras emigrar del pueblo. Así, primero estudié Magisterio y, más tarde, haciendo caso a mi deseo y conjugándolo con nuestras posibilidades económicas, me licencié en Geografía e Historia.

Estudiar Historia significaba para mí muchas más cosas que empezar otra carrera. Suponía salir de Badajoz para irme a Cáceres. Es la ventaja y el inconveniente que tiene ser de provincias: hay que estar continuamente desplazándose. Y no sólo físicamente. Era un irse para hacer la vida, mi vida, en otro sitio.

Al terminar la carrera, ese mismo verano, tuve mi primera experiencia laboral remunerada, mi primer trabajo, que consistió en una semana de recogida de pimientos en Majadas del Tiétar, un pueblo del norte de la provincia de Cáceres, y eso fue para mí una práctica reveladora. El castigo divino, lo vi muy claro, "ganarás el pan con el sudor de tu frente...", y con el dolor de tus rodillas, de tus riñones y de tu espalda. Ahí empecé a cuestionarme el trabajo, al menos, el trabajo de recogida de pimientos, cosa curiosa siendo toda mi familia paterna y materna campesina.

A raíz de esta experiencia, decidí que en el futuro preferiría trabajar sentado y con la tierra debajo de mis pies a hacerlo de rodillas y con la tierra en mis

manos. De esta manera, me senté a preparar las oposiciones de profesor de secundaria y saqué la plaza. Llegó septiembre y con él el horario laboral de cinco días a la semana, los madrugones y el adiós a mis lunes al sol. Y así hasta hoy durante más de diez años. Durante estos años, mi razón antitrabajo básica ha estado cargada de ideología. El trabajo es el elemento que sustenta la explotación del sistema económico capitalista y sobre el que hacen girar nuestra vida. No hay más que acudir a la curiosa etimología de la palabra trabajo, que deriva del vocablo latino *tri palium*, que era un instrumento compuesto de tres palos que servía para torturar al reo.

Mis razones antilaborocéntricas, además de mi experiencia con los pimientos, se confirmaron con la lectura del libro *El Derecho a la Pereza*ⁱ donde Paul Lafargue, marxista cubano-francés, defiende la pereza como estrategia para recuperar la vida arrebatada por la burguesía y su revolución industrial. Lafargue creía que si se asumía como un derecho incuestionable el derecho al trabajo, con más razón si cabe, había que defender el derecho a ese precioso pecado capital: la pereza. Esta lectura desencadenó en mí una resistencia, al menos filosófica, al trabajo. Y así me convertí en un militante del anti-trabajo. Mi primer texto de investigación para el doctorado fue por esos derroteros y lo titulé "Los ladrones del tiempo o qué concepto de trabajo enseñar". Afirmar que el trabajo me robaba la vida, pronto me llevó a más insatisfacciones que a satisfacciones. Temprano me di cuenta que ese ir en contra, más que ayudarme a desplegar mi libertad, me la recortaba. Algo no funcionaba. Hablaba y escribía del trabajo en abstracto, como algo externo a mí, sin ponerme en primera persona. Y claro, convivía con una gran contradicción. Una cosa era lo que pensaba y otra lo que sentía con respecto a mi práctica laboral como maestro. Ser maestro me apasionaba, pero razón y sentimiento iban por caminos separados. Necesitaba encontrar otro sentido al trabajo, que me hiciera ir más allá de mi identidad ideológica. Y en esa búsqueda, necesitaba como diría María Zambrano, "algo más grande que pensar", debía sentir mi cuerpo en relación al trabajo, buscar la sabiduría que me nace de dentro.

En ese sentido, conocer el pensamiento y la práctica de la diferencia sexual me ha ayudado a re-significar mi vida entera, ha sido para mí, una revolución inesperada.ⁱⁱⁱ Un artículo de Lia Cigarini, titulado "El sentido del trabajo"ⁱⁱⁱ me desmontó todo el engranaje que había construido. Lia sostiene que "El camino consiste en hacer que la vida inunde el trabajo, de modo que el trabajo sea rescatado por la vida". Sentí entonces una libertad que no me daba la resistencia ideológica al trabajo. No es que lo de impregnar de vida el trabajo fuera nuevo para mí, era que mi razón no me dejaba significarme simbólicamente desde la libertad y la vida.

MILAGROS: El valor y el precio de educar y de enseñar

En el proceso de pensar y hablar de nuestra diferencia femenina y masculina en la educación, me sorprendió el relato de Juan sobre su manera de sentir y vivir el trabajo, porque yo nunca lo he interpretado, ni vivido como una esclavitud, más bien me ha parecido una forma de realización personal, más allá incluso de verlo como una forma de ganar dinero. Aunque desde muy pequeña he aprendido que "si no trabajas no comes", es decir, no vives, curiosamente no lo he vinculado directamente con ganar dinero, sino con la vida. Y he pensado que ganar dinero desvinculándolo de la vida, era una manifestación actual del capitalismo, asumida por las jóvenes generaciones, especialmente por los chicos que dicen que no quieren estudiar y quieren trabajar, pero en la práctica declaran que el dinero es lo único que tiene valor para ellos.

He preguntado a mujeres de mi generación, y más jóvenes, sobre sus sentimientos en relación con el trabajo y nadie me ha confesado haberlo sentido como una esclavitud, sino como una forma de vivir, de estar en relación con las cosas y con los demás, no exenta de esfuerzo y de creación personal. Después, quise conocer la opinión de mis alumnas, chicas de 17 años que han crecido y se están educando en la igualdad y por comprobar además si existían diferencias entre sus opiniones y la de sus compañeros de clase. No he encontrado diferencias significativas entre lo que piensan unas y otros sobre el

trabajo en general y el trabajo de enseñar. Sin embargo, he constatado que persiste la invisibilidad del trabajo dentro de casa, tanto para ellos como para ellas. El valor del trabajo diario en casa, ese que sostiene la vida y la civilización siguen considerándolo, de forma generalizada, como algo natural, que existe porque sí, como si surgiera de la nada y termina en nada. No ven lo evidente, lo que cada cual disfruta y ve: que siempre hay alguien, en general la madre u otra mujer que limpia, cocina, lava, cuida a las personas enfermas, ancianas y a las criaturas pequeñas y además se preocupa diariamente de la educación de quienes están en edad escolar. No ven este trabajo y sin embargo, describen prolijamente otros de los que no tienen experiencia, como escribe mi alumno Jesús: Si nadie trabajara no sería posible la vida. Imagina un mundo sin albañiles ¿quién construiría la vivienda? Y sin ganaderos ¿quién criaría los animales que luego nos comemos? Y sin agricultores ¿qué hortalizas y verduras comeríamos? Con esta invisibilidad creo que dejamos que circule una gran pérdida: la imposibilidad de aprender de las mujeres, de tener unas recetas para estar en el mundo de manera más humana, más creativa y más relacional, es decir, más solidaria sin necesidad de buscar fórmulas abstractas, alejadas de experiencia y difíciles de llevadas a la práctica.

Sólo una alumna, Iris, ha sabido reconocer el trabajo de su madre, que quiere pagarlo con dinero: Si yo fuera presidenta de este país pondría un sueldo a las amas de casa ya que trabajan igualmente aunque sea dentro de casa. Una tentación que ya tuvimos otras, anteriormente, con la que también pretendimos reducir a valor monetario lo inconmensurable e impagable.

En relación con la enseñanza, la opinión general es que se trata de un trabajo difícil y mal pagado: Daniel escribe: me parece un gran trabajo, pero hay que realizar mucho esfuerzo para poder enseñar a otras personas y que sepan lo que tú sabes. Para Bea: el trabajo de la enseñanza está bastante bien, aunque nunca será profesora y menos de alumnos adolescentes, porque son bastante crueles y no piensan que les regañas por su bien. Sería muy bonito serlo de niños pequeños, porque ves cómo tus alumnos avanzan, aprenden con tu día a día y con tu forma de enseñar. Que gracias a ti sepan cada día un poco más y crezcan como personas.

Julia Precisa más: es un trabajo muy duro porque tienes que ocuparte de unos chicos, aguantarlos, estar pendiente de si les pasa algo cuando vas de excursión y todo por cuatro duros Yo no podría con ese trabajo porque no tengo paciencia y tienes que tener mucha. Sólo Javier confiesa: no me parece del todo mal porque sin la enseñanza yo no sabría escribir, leer, contar al igual que la educación que nunca se tiene en cuenta y es tanto o más importante.

JUAN: Educar en el amor

Mi madre quiso que fuera maestro porque ella siempre había querido serlo y se imaginaba que el magisterio era el mejor futuro para mí. Y para ello abandonó su pueblo, emigró a la capital de provincia y se puso a trabajar. Mi madre, que sólo pudo estar tres años en la escuela, también es maestra. Ha sido ella quien, además de darme la vida, me mostró el mundo a través de la palabra y, recientemente, quien ha enseñado a leer a su nieto Alejandro antes de entrar en el colegio. Yo quiero que el ejemplo de mi madre, y de tantas madres y abuelas, sea mi cordón umbilical con la educación: ese magisterio amoroso que se sostiene en relación de confianza, con autoridad, entrega, mucha paciencia, risa y una gran libertad.

La primera lección sin aula en el mundo de cada criatura es una lección de amor, la lección de la madre y ahí está el origen de la educación. Aunque este origen se haya negado y se siga negando en la escuela. La estructura escolar esconde la relación y niega la presencia del amor, supliéndolo por normas que imponen la fuerza de la ley. Yo sé que la educación es más que la institución, y que está encarnada en mí: yo soy educación, yo soy escuela y puedo llevar al aula lo que soy y mi deseo de compartirlo.

Educar, para mí, significa ser capaz de convertir el aula en un hogar, como mi madre ha sido y es capaz de convertir su hogar en un aula. Porque mi amor por la educación termina dándole grandeza y trascendencia. Si separo vida y trabajo no llevo conmigo el amor a la educación. Para conseguir que mis clases

sean un hogar necesito hacerlo en relación con mis alumnos y alumnas, educar en un orden amoroso y acoger el amor que me dan.

(...)

ⁱ Paul La Fargue: *El Derecho a la pereza*, Madrid: Simbad ediciones, 1984.

ⁱⁱ AA. VV., *Una revolución inesperada. Simbolismo y sentido del trabajo de las mujeres*, Madrid: Narcea, 2001.

ⁱⁱⁱ Lía, Cigarini "El sentido del trabajo", *DUODA* 25,2003, pp. 91-99.